

HOMILÍA PROFESIÓN SOLEMNE DE BELÉN

Queridos hermanos sacerdotes, querida comunidad de MM. carmelitas, queridos amigos y hermanos todos y muy especialmente querido Hermana Belén:

Todos nos sentimos hoy muy felices y la Iglesia entera se siente feliz y le da gracias al Señor y pide por esta hija suya, que, por una gracia especial de Dios “ha decidido vivir únicamente para Dios en la soledad y en el silencio, en la oración asidua, en la generosa penitencia, en el trabajo humilde y en las obras santas, inmolándose, en comunión con María, por la Iglesia y por las almas” (Ritual n.51).

Es una vocación muy singular la de Belén. Una vocación difícil de entender en una cultura como la nuestra en la que los valores espirituales han quedado arrinconados para dar paso, casi únicamente, a una concepción de la vida centrada en lo material, lo útil, lo placentero, lo que no cuesta esfuerzo, lo pasajero. Una cultura que, en definitiva no quiere tener en cuenta a Dios, se olvida de Dios y olvidándose de Dios se olvida también del hombre y de su dignidad. Pero, vista desde la fe, es una vocación maravillosa. Podemos decir con las mismas palabras con las que Jesús se dirigía, en Betania, a María la hermana de Marta, que postrada a los pies del maestro escuchaba su palabra: Belén, eligiendo esta forma de vida, ha elegido la mejor parte y nadie se la podrá arrebatar. Ha elegido estar con el Señor, vivir para el Señor y tener al Señor como su único esposo. Belén ha escuchado en su corazón, como dirigidas especialmente a ella, esas preciosas palabras del salmo 44, que hemos rezado después de la primera lectura: “Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el rey de tu belleza, póstrate ante él que él es tu Señor”. Sí, Belén. El Señor, prendado de tu belleza, esa belleza que te regaló en el bautismo y que ha ido creciendo y engalanándose con las muchas gracias que, a lo largo de tu vida, a través, especialmente, de tus padres y de muchas personas buenas que te han ido conduciendo hacia Dios, quiere, ahora, que seas sola para él. Quiere que seas su esposa. Tú para Él y Él para ti. Hoy el Señor hablándote en la intimidad pronunciará para ti las palabras del Cantar de los Cantares: “Ponme como sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo. Porque el amor es fuerte como la muerte; es cruel la pasión como el abismo; es centella de fuego, llamarada divina” (Cant. 8,6-7). Esa “llamarada “ del amor divino, que, desde muy niña has sentido en tu corazón, es la que hoy te mueve a entregarte totalmente al Señor. Y él no te va a defraudar. Todo lo contrario, Él va seguir llenando de amor tu corazón y, a partir de ahora de un modo

excepcional. Dile que sí, sin ningún temor. “Sea el Señor tu delicia y él te dará lo que pide tu corazón”. “Oh llama de amor viva que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro (...) Oh toque delicado que a vida eterna sabe” (San Juan de la Cruz). Por una gracia especial de Dios tu sabes ya lo que significa esa “llama de amor viva” y aunque todavía sea, entre sombras, empiezas ya a gustar, en la oscuridad de la fe, la “vida eterna”. El mundo, nuestro mundo ciego y sorda a las cosas de Dios cree que lo que haces hoy es una locura; pero tú sabes muy bien y los que hoy te acompañamos también la sabemos que “ la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios es mas fuerte que cualquier poder humano (...) porque lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte” (I Cor. 1,25 ss.)

Nuestra gran santa Teresa de Jesús describe así el día de su profesión religiosa, en el capítulo cuarto de libro de su Vida: “En tomando el hábito, luego me dio a entender el Señor cómo favorece a los que hacen fuerza por servirle... Me dio un tan gran contento de tener aquel estado que nunca jamás me faltó hasta hoy... dábanme deleite todas las cosas de la religión... y no había cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase en acometerla... Me acuerdo de la manera de mi profesión y de la gran determinación con que la hice”.

Estoy seguro de que en estos momentos estas viviendo una experiencia parecida a la que nos describe la Santa. Dios manifiesta su presencia con una alegría inmensa, una alegría que el mundo es incapaz de ofrecer. Y junto, a esa alegría, junto a ese “gran contento”, una firme determinación de hacer, en todo momento la voluntad de Dios. Y esa alegría y esa determinación nunca jamás te van a faltar. Es verdad que Dios puede permitir momentos de tribulación y oscuridad, pero, incluso en esos momentos, podrás decir con el salmista. “ aunque pase por valle de tinieblas ningún mal temeré porque Tu vas conmigo y tu vara y tu callado me sosiegan”.

Muchos se preguntarán: ¿cuáles son los medios que la Iglesia pone en tus manos para vivir una vocación tan excepcional?. Pues son bien sencillos y a la vez bien inefables, son los medios que tú misma has pedido a Dios y a la Iglesia en el diálogo que hemos tenido antes. Unos medios que, puedes tener la certeza absoluta de que nunca te van a faltar Te preguntaba: “Hermana Belén ¿ qué es lo que pides a Dios y a su santa Iglesia?”. Y tu me has contestado: “ la misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de las hermanas en este monasterio de monjas carmelitas descalzas de la orden de la bienaventurada Virgen María del

Monte Carmelo”(cf. Ritual n.49). Estos tres medios van íntimamente unidos. Dios va a derramar continuamente su misericordia sobre ti haciendo que experimentes la libertad del corazón que da la pobreza y la caridad fraterna de una comunidad de hermanas, que, en su debilidad, alaban a Dios y cantan sus maravillas entregándole el don de toda su vida.

Todo esto va a ser posible por el don del Espíritu Santo. Hace un momento escuchábamos el evangelio de la anunciación. Sigue el modelo de María. Fíate del Señor como ella. No tengas ningún temor y dile al Señor como la Virgen: “aquí esta la esclava del Señor, hágase en mi según tu Palabra” Y verás con asombro, todos los días, las maravillas de Dios. Verás, como la Virgen María, que lo que para los hombres es imposible para Dios es posible. Dentro de unos momentos escucharás la voz de la Iglesia que pide para ti el don del Espíritu Santo. La gracia del Espíritu irá realizando en ti lo que la fragilidad humana, herida por el pecado, es incapaz de realizar por sí misma. El Espíritu de Dios irá transformando tu vida y la irá configurando cada día más con Cristo: “Te pedimos Padre que envíes sobre esta hija tuya el fuego del Espíritu para que alimente siempre la llama de aquel propósito que Él mismo hizo germinar en su corazón. Resplandezca en ella, Señor, todo el esplendor de su bautismo y la ejemplaridad de una vida santa; que, fortalecida por los vínculos de la profesión religiosa se una a Ti en ferviente caridad. Sea siempre fiel a Cristo, su único esposo, ame a la Madre Iglesia con caridad activa y sirva a todos los hombres con amor sobrenatural, siendo para ellos testimonio de los bienes futuros y de la bienaventurada esperanza” (Ritual n. 60).

El Espíritu Santo ira haciendo crecer en ti una especial gracia de intimidad con el Señor, como se la hizo sentir a los apóstoles, Pedro, Santiago y Juan en el Monte Tabor A ella hace alusión el Santo Padre en su Exhortación Apostólica “Vita Consecrata”: “Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo Encarnado es ciertamente la que tienen los llamados a la vida consagrada (...) En ellos encuentran particular resonancia las palabras extasiadas de Pedro: “Qué bueno es estarnos aquí, Señor” (...) Y, de esta especial gracia de intimidad surge en la vida consagrada, la posibilidad y la exigencia de la entrega total de sí mismo en la profesión de los consejos evangélicos. Estos, antes que una renuncia, son una específica acogida del misterio de Cristo, vivida en la Iglesia” (V.C. 15.16). “ En efecto, mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada no sólo hace de Cristo el centro de su vida, sino que se preocupa de reproducir en sí misma, en cuanto es posible, aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo. Abrazando la virginidad, hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo Unigénito, uno con el Padre (Cf. Jn.10,30; 14,11); imitando la

pobreza, la persona consagrada lo confiesa y reconoce como Hijo que lo recibe todo del Padre y todo lo devuelve en el amor (Cf. Jn.17,7.10). Y adhiriéndose con el sacrificio de la propia libertad al misterio de la obediencia filial, la persona consagrada confiesa y reconoce a Cristo como Aquel que se complace sólo en la voluntad del Padre (Cf. Jn.4,34) al que está perfectamente unido y del que todo depende” (V.C. 34).

Hoy es un día de verdadera fiesta y de acción de gracias no sólo en este monasterio, sino en toda la Iglesia: la Iglesia que peregrina en el mundo y la Iglesia que goza, ya, de la visión divina en el cielo.

Que todos salgamos fortalecidos en la fe. Y, cada uno, sintiendo hoy de una manera especial la llamada de Dios a la santidad, regresemos a nuestros hogares cantando las maravillas de Dios y, deseando con todo el corazón, hacer de Cristo el centro de nuestras vidas.

Que la Virgen María, Madre del Carmelo, que supo seguir siempre con docilidad las inspiraciones del Espíritu, interceda por nosotros.